

Hernández-Pizón a los “revolucionarios” que situarla en el marco de una primera acción de delincuentes que termina con un motín anticlerical. Como tampoco lo es caracterizar a las patrullas cívicas de brazo ejecutivo del terror rojo, cuyos componentes pagaron por sus crímenes, que describirlas como los protectores de los derechistas encarcelados y monjas exclaustradas y quienes intentaron encauzar situaciones violentas, en ocasiones de forma inútil.

Ya se ha dicho que la documentación sobre los consejos de guerra del ATMTSS ha permitido al autor reconstruir el genocidio noguereño. Así se titula la segunda parte del volumen. No de otra forma puede denominarse la búsqueda de legitimidad de los sediciosos mediante el exterminio de todos aquellos que consideraba peligrosos por sus ideas y prácticas. Una política de eliminación sistemática de quienes se habían atrevido a cuestionar los privilegios y el orden social tradicional de la clase dominante de los que unos exmilitares, expulsados por las autoridades legítimas, transformados en jefes de bandas armadas se convirtieron en los ejecutores y controladores absolutos de la represión.

Desde la entrada de la columna con su primera secuela de asalto y destrucción de los locales obreros y comercios de enemigos, rapado y purgas de mujeres que se prolongaron durante semanas y los primeros asesinatos de nueve personas esa misma tarde del 29 de julio de 1936. El orden volvía simbolizado por el primer presidente de la gestora presidida por el viejo cacique Manuel Burgos Mazo que pronto será desplazado por la Falange en ascenso mucho más capacitada para llevar a cabo la “gran tarea” que, dirigida por el Gobierno Militar sedicioso y sus comandancias militares locales, se debía llevar a cabo. Un goteo de crímenes que alcanzó cimas espeluznantes como la de la madrugada del 13 de agosto en el que una treintena de detenidos cayeron bajo las balas de un grupo venido de Huelva para realizar “valiosos servicios de saneamiento social” como recogió la prensa onubense unos días después. El reguero de sangre no se detuvo. Continuó durante el otoño de 1936 y dará sus estertores los años siguientes hasta 1940 hasta alcanzar los 146 asesinados.

El trabajo de Antonio Orihuela no se detiene sólo en las muertes. Como sabemos la represión adquirió otros tintes como los de los robos, las estafas, el exilio, las cárceles, la esclavitud del

trabajo forzado hasta alcanzar lo que, en afortunada expresión, el autor denomina “la incautación de los cuerpos, los patrimonios y la mente”. Así por sus páginas pasan las requisas y exacciones patrimoniales, las depuraciones de funcionarios y docentes, la “vuelta de las sotanas” y la organización del “nuevo Estado”. Todo un recorrido hasta completar la fotografía de aquella lluvia de sangre que todavía hoy arrastra sus lodos por la España que comienza la segunda década del siglo XXI. A estos últimos dedica un apéndice que no por breve, apenas ocho páginas, resulta más esclarecedor y necesario. “Moguer, setenta y cinco años después” nos describe el panorama actual de la localidad. Una población, como tantas otras, marcada todavía por la decadencia, la presencia de unas políticas clientelares que, no por nuevas, dejan de ser caciquiles, económicamente marcada por la economía neoliberal que define la democracia española y la sustitución de los pobres de entonces por los inmigrantes de hoy. Posiblemente lo que pasó en 1936 interese a pocos, sobre todo a los familiares de los afectados y a los historiadores que se han preocupado por este tema hasta hace poco tabú. Pero la sociedad española no se librará de él hasta que no salga a la luz lo tantos años olvidado, censurado y silenciado. Hasta que un libro de historia como este no tenga que comenzar por recordarnos que no es un escándalo que se publique, que el escándalo es que no se haya podido escribir hasta el año 2009. Que lo escandaloso fue lo que pasó el verano de 1936.

Philippe, Virginie, *Transition et télévision en Espagne. Le rôle de la TVE 1973-1978*. Paris, L’Harmattan, 2007, 166 pp.

Por Manuel Pérez Salinas
(Université Grenoble III-Stendhal, France)

La época de la Transición es uno de los periodos que más ha despertado el interés de los historiadores en los últimos años, puesto que es uno de los momentos de mayor efervescencia política de la contemporaneidad de nuestro país, puesto que partiendo de varios proyectos diferentes o contradictorios se llegó a un acuerdo que “diseñó” como sería la España de los años venideros. En los últimos años la principal fuente que se ha utilizado para comprender este periodo ha sido la prensa – ejemplo de lo cuál es el excelente trabajo de Ferrán Gallego¹-. Sin embargo, se ha prestado

relativamente poca atención a otro medio que tuvo un peso similar sino mayor, la televisión.

Lo primero que es necesario tener en cuenta es la diferencia entre estos dos medios, puesto que dentro de lo que llamamos prensa escrita encontramos numerosas publicaciones, representativas de casi todas las opciones políticas o, al menos, de aquellas toleradas por el régimen. En cambio la situación de la televisión española era radicalmente diferente, ya que el régimen, celoso de todo aquello que pudiese ser utilizado como instrumento de propaganda, se aseguró el monopolio de las ondas televisivas. Por lo tanto el estudio de la televisión es, ante todo, el estudio del mensaje que el poder quería transmitir a la ciudadanía. De esta forma, se debe plantear de forma diferente el estudio de la prensa escrita del de la televisión.

Como toda obra dedicada al estudio de los medios de comunicación, este libro de Virginie Philippe parte de los comienzos de la televisión en España, cuyo impulso definitivo tuvo lugar durante la dictadura, conociendo un auge espectacular durante los años sesenta. En sus primeras páginas nos muestra como esta primera Televisión Española, a través de una programación basada en los deportes, las series y los concursos, fue utilizada por el régimen para conseguir uno de sus objetivos fundamentales, la despolitización de la sociedad. Además, para demostrar la importancia del medio que estudia, la autora dedica algunas páginas a los telespectadores, llegando a la conclusión de que en los años de la transición es creciente tanto el número de espectadores como el número de horas que pasan frente a la pantalla.

Sin embargo, no es esta primera etapa la que centra el interés de la autora, sino la que se abre en 1973 de la mano de un nuevo director de TVE, Juan Luis Cebrián. Esta etapa vería el nacimiento de una televisión militante, comprometida con la apertura del régimen, cuyo símbolo más significativo fue el programa “Informe semanal”, el cual es analizado detenidamente por la autora, desde los periodistas que lo llevan a cabo hasta los temas más polémicos tratados, pasando por los episodios más significativos. “Informe semanal” fue seguido poco después por otros programas, dedicados al debate político, la educación ciudadana o la cultura. En estas páginas se compara este nuevo periodismo televisivo con la televisión del periodo precedente, demostrando

la nueva voluntad, primero por parte de esta nueva generación de periodistas y después, posiblemente, por parte de las autoridades políticas de la transición, de crear una cultura democrática y concienciar a la población de la importancia de las reformas puestas en marcha por el gobierno.

Otra cuestión que la autora intenta desentrañar es si esta televisión es resultado del proceso político o, si por el contrario es un factor fundamental para que este tenga lugar. Para responder a esta pregunta se llama la atención sobre la enorme importancia que tendrán los debates en programas como “La clave” o “Cara a cara”. Dichos debates caracterizados por la sobriedad del escenario o la excesiva cortesía entre los tertulianos tenían como fin primordial demostrar a los espectadores que era posible la discusión y el contraste de opiniones dentro de un marco formal y respetuoso. Igualmente la televisión aprehendió –junto con otros medios– la difícil tarea de afrontar temas tabúes para la sociedad española, como el aborto, el divorcio, el terrorismo o la emancipación de la mujer. El hecho de que la televisión se convierta en vehículo para estas nuevas reivindicaciones sociales sirve a la autora para afirmar que la televisión jugó un rol en la democratización del país.

Para apoyar estas afirmaciones la autora recurre a la psicología social y a Bordieu, destacando la creación de un “lenguaje democrático”, basado hasta la saciedad en las ideas de “normalidad” y “normalización”, entendiendo estas expresiones como democracia y democratización. Esta utilización del lenguaje por parte de los medios sirvió para introducir en la cabeza de los españoles la idea de que no apoyar la “democratización” era ir contra el colectivo, lo cual no es aceptable para un individuo que forma parte de la comunidad. Esta instrumentalización del lenguaje es criticada puesto dicha manipulación supone un peligro para la democracia tan grande como cualquier otro.

Este no es el único objeto de crítica, sino que hay otros, como la autocensura, extendida a todos los medios de comunicación en aras del éxito del proyecto. La televisión no escapó a esta actitud, postura que aunque es comprendida por la autora, también es criticada, puesto que pone de relieve los vínculos existentes entre televisión y poder oficial, dejando en duda la supuesta independencia de la que hasta entonces

había hecho gala TVE. Así, en las páginas de este libro se explica el papel fundamental de la televisión en la creación de una cultura del olvido, que fue el punto de partida para el consenso político de la transición.

Otra cuestión oscura sobre la que la autora hace hincapié es la paradoja existente entre la “nueva democracia española” y la existencia de un monopolio televisivo en manos del gobierno. O lo que es lo mismo, cuanto más avanzada estaba la democracia española, menos democrática era la televisión.

En conclusión este libro de Virginie Philippe resulta útil para conocer el funcionamiento de la televisión española en la época de la transición, tanto en sus aspectos más loables como en los más criticables, siendo de especial interés las páginas dedicadas al estudio de la creación de los imaginarios colectivos a través de los medios de comunicación.

NOTAS

¹ Gallego, Ferrán, *El mito de la Transición. La crisis del franquismo y los orígenes de la democracia (1973-1977)*. Barcelona, Crítica, 2008, 848 pp.

Tamayo, Juan José, *Islam. Cultura, religión y política*. Madrid, Ed. Trotta, 2009.

Por Juan José López Cabrales

(Universidad de Cádiz)

El autor de este libro es uno de los principales exponentes en nuestro país de la teología de la liberación, director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones “Ignacio Ellacuría” de la Universidad Carlos III de Madrid, fundador y secretario general de la Asociación de Teólogos y Teólogas Juan XXIII. Con el mismo se propone un objetivo tan difícil como dar a conocer el Islam “con objetividad y equilibrio, sin deformaciones ni estereotipos”.

Suponiendo que la crisis ecológica conceda perspectivas de futuro a la humanidad, no cabe duda de que uno de los hechos más recordados del comienzo del tercer milenio será el ataque terrorista contra EE.UU. llevado a cabo por una organización de inspiración islámica llamada Al-Qaeda. El 11-S y su continuación, tres años y medio más tarde, en el 11-M, ha desatado en todo el mundo occidental y también en España cierta sicosis islamófoba que, con muy diversas variantes, reproduce el mito de Santiago

Matamoros, presente en el discurso popular andaluz en frases tan escuchadas como ese “mecachis en los moros”, tan políticamente incorrecto como habitual, al menos en ciertos lugares y hace unos años. Un sencillo ejemplo que nos remite, como afirma Juan José Tamayo, a la ignorancia casi enciclopédica que sobre el Islam existe en nuestro entorno cultural.

El Islam suele presentarse en el imaginario occidental cargado de tópicos, en la clave de ese orientalismo que describió Edward Said como una estrategia etnocéntrica del poder dominante. Esta actitud se halla, según Tamayo, detrás de los escritos de Bernard Lewis, Samuel P. Huntington o, entre nosotros, Gustavo de Arístegui. Un ejemplo más sangrante de cómo este punto de vista se halla presente en la jerarquía eclesiástica, lo encontraríamos en la pastoral del Cardenal Biffi, Arzobispo de Bolonia, que en octubre del año 2000, con el aplauso de intelectuales como Giovanni Sartori, proponía encauzar la política migratoria italiana en función de las creencias, obstaculizando la entrada en el país de los musulmanes por su visión de la familia, de la mujer y su integrista político.

Como toda religión, las interpretaciones que admite el Corán y, por debajo de él, los hadices y la shari'a, son totalmente dispares. Si esto ocurre en el mundo, supuestamente objetivo y cerrado, de la normativa legal, no podría ser de otro modo en el universo, de suyo subjetivo y cambiante, de lo metafísico. Tamayo hace un esfuerzo de esclarecimiento que se mueve entre la divulgación meramente enciclopédica –en capítulos que hablan de la figura de Mahoma, de la historia del Islam, de su presencia en España o de sus principales aspectos teológicos- y el compromiso ideológico. Es este último aspecto, seguramente, el más interesante del libro que nos ocupa. Cayendo, según Antonio Elorza, en una “apología del Islam”, Tamayo presenta una visión de este credo compatible con los derechos humanos, la reivindicación feminista e incluso homosexual y en la que el yihad mayor se presenta en la clave de la lucha interior contra las propias pasiones, como ha indicado entre otros Jean-Pierre Filiu. En una interesante charla titulada “Al-Qaeda contra el Islam”, pronunciada en la Casa Árabe en Noviembre de 2007 (y que puede consultarse íntegramente en la web: www.casaarabe-ieam.es/noticias-arabes/show/5-de-noviembre-de-2007-al-qaeda-contra-el-islam), Filiu demuestra que la dimensión belicista sólo resulta admisible como